

Réquiem para un gentilhombre, una elegía frente a la tradición

Réquiem para un gentilhombre, an elegy against tradition

Juan González Soto

jgsoto@tinet.org

ORCID: 0009-0005-6777-622X

Resumen

El breve estudio muestra cómo la elegía de Manuel Scorza, dirigida a su amigo Fernando Quíspez Asín, se aleja absolutamente de la tradición clásica. No obstante, la elegía cumple con su cometido: conmociona al lector, elogia al difunto y logra que el recuerdo de su persona permanezca en el tiempo.

Palabras clave: surrealismo, elegía, tradición

Abstract

The brief study shows how Manuel Scorza's elegy, addressed to his friend Fernando Quíspez Asín, completely distances itself from the classical tradition. However, the elegy fulfills its mission: it shocks the reader, praises the deceased and makes the memory of his person remain in time.

Keywords: surrealism, elegy, tradition

Fecha de envío: 10/12/2023

Fecha de aceptación: 21/3/2023

Réquiem para un gentleman. Elogio y despedida a Fernando Quíspez Asín aparece publicado en Lima en 1962. Es el número 1 de la colección El Neblí (Scorza, 1962). Con idénticos título y subtítulo es recogido en 1976 en el volumen *Poesía incompleta* (Scorza, 1976). Sin embargo, en 1990, en *Obra poética*, el subtítulo es otro: *Despedida a Fernando Quíspez Asín* (Scorza, 1990). También hay variantes en el cuerpo del poema. Han sido eliminadas algunas estrofas, y los 194 versos iniciales quedan reducidos a 152. María Oscos ofrece la siguiente información a pie de página: “Se han tenido en cuenta las correcciones manuscritas hechas por el autor en 1966” (Scorza, 1990, p. 97). Al poema le sigue una breve nota: “A los treinta días de su muerte, el 4 de septiembre de 1962”. Al poema le precede una dedicatoria que en *Poesía incompleta* no apareció: “A Teo, su madre”.

Hugo Neira informa de la muerte que origina el canto elegíaco:

Una madrugada limeña, amanece muerto víctima de una pateadura Fernando Quíspez Asín, bohemio, pintor, amigo de Scorza. Alguien —el crimen quedó impune—, fatigado por la insolencia del bohemio, un tanto tomada de los bares de Montparnasse y mal aclimatada a los cafés de chinos sin piedad de los barrios malevos de Lima, concluyó con ese Príncipe en harapos. ¿Quién cantará al marginal, al maldito, en la pacata Lima? Solo el poeta de la distancia y el retorno, Manuel Scorza (Neira, 1984, p. 58).

Fernando Quíspez Asín, apenas año y medio mayor que Manuel Scorza, y periodista de vocación, colaboró en diversos periódicos y revistas limeñas. Poeta surrealista y brillante conversador, era sobrino de otro gran poeta, también surrealista, Alfredo Quíspez Asín, cuyo pseudónimo era César Moro, y del pintor Carlos Quíspez Asín. De Fernando Quíspez Asín aparece una recopilación de sus poemas el año siguiente al de su muerte: *Paisajes para una emperatriz* (Quíspez, 1963).

Bien es cierto que desde el primer manifiesto surrealista o de cuanto decían André Breton o Louis Aragon han pasado prácticamente cuarenta años y el movimiento había ido aquietándose por todas partes. Sin embargo, las críticas al orden burgués, al capitalismo imperialista, y en no pocos casos la adhesión a la vía revolucionaria socialista, seguían vigentes. En el orden estético, el impresionante exceso formal y la acción concedida a la palabra expresada, la creación de un mundo mediante fulgurantes mecanismos psíquicos, la exaltación lírica de la naturaleza onírica y la hipérbole metafórica seguían no menos vigentes, y aún hoy en día siguen estándolo. El surrealismo, además, dejó de ser una escuela estética para convertirse en una actitud vital, una forma de ver el mundo, de moverse en él. Así cierra Fernando Quíspez Asín el poema “Territorio de dulzura”:

pienso que soy un amable decorador de agonías
o el espejo ardiente de una lágrima tuya
en el resplandeciente desierto de la angustia.

Ante la muerte de Fernando, muerte violenta, inesperada y absurda, con apenas 35 años de edad, Manuel eleva su canto. Se trata, en opinión de Anna-Marie Aldaz, de una agitada elegía (Aldaz, 1990, p. 26).

Pero el poema también rinde homenaje al surrealismo, que tanto admiraron Fernando Quíspez Asín y Manuel Scorza, admiración compartida por muchos otros poetas de su generación. Así, en el poema hay versos cercanos al automatismo, versos en que lo onírico prevalece sobre lo real. No obstante, el poema se abre con una cita de un poeta clásico, Johann Wolfgang von Goethe. En los versos del poeta alemán aparece una recreación del tópico bíblico *vanitas vanitatum* contenido en las palabras de Salomón en el Eclesiastés: “Vanidad de vanidades, todo es efímero, todo es en vano” (Eclesiastés 1, 2). De entre los versos de Goethe que Scorza toma como lema, puede leerse:

Pasan las penas, las dichas todas,
pasas tú de largo frente al mundo,
que nada es.

El poema elegíaco está compuesto por dieciséis fragmentos indicados tipográficamente mediante espacios en blanco que actúan como separadores. Son cuatro las sucesivas partes del poema. La primera contiene los fragmentos I, II, III y IV; la segunda, los fragmentos V y VI; la tercera, los fragmentos VII, VIII y IX; la cuarta,

los fragmentos x, xi, xii, x iii, xiv, xv y xvi. En total, son 152 versos de metros diversos sin rima. (Dos fragmentos contienen un único verso: “¡Silencio! ¡Silencio!”, pp. 134 y 139).

El verso que inicia el poema es, en sí mismo, una especie de declaración de intenciones: “Ya es difunto, señores” (p. 1). No solo da noticia cabal del motivo que mueve el poema, sino que coloca al poeta en una distancia con respecto a la persona de quien va a hablar. Además, el apelativo *señores* dirigido al lector también aparta a este de cualquier cercanía. De igual modo se presenta la siguiente estrofa, el siguiente fragmento: “Ya murió, señores” (p. 6). Los fragmentos tercero y cuarto se inician con una anáfora que es reiteración de lo anterior: “Ya no lo veré” (pp. 11 y 24).

Estas cuatro primeras estrofas forman la primera parte del poema. Presentan, respectivamente, y junto a la noticia del fallecimiento, cuatro desgajamientos, el de la infancia, el de la naturaleza, el de la amistad truncada y el del mundo en su conmoción. Acaba esta primera parte no ya refiriéndose a un difunto impersonal, sino nombrando a un individuo bien concreto: “Ya Fernando es un muerto” (p. 40).

La segunda parte del poema está ocupada por dos fragmentos o estrofas. Ambos se inician con nuevos receptores, ya no señores (pp. 1 y 6), sino ahora “¡Oh invencibles faraones” (p. 46) y “¡Emperadores insolentes” (p. 53). También aparecen nombrados otros destinatarios del canto fúnebre: “Señores de los Siete Mundos” (p. 49), “¡Jaspeados Arzobispos” (p. 58), “¡Prelados!” (p. 62). Y las manos de otros personajes son también convocadas, las de “Artajerjes” (p. 67), “los Césares” (p. 69), “Mozart” (p. 72), “Van Gogh” (p. 73) y las manos de otros sin nombre, “del mendigo” (p. 70), “del amante” (p. 71), también las del “poeta” (p. 75). Todas esas manos sacuden “el gran árbol de la noche / para que las estrellas caigan a tu tumba triste” (pp. 76-77).

En la tercera parte, el poeta se dirige directamente al finado: “Así es la vida, Fernando” (p. 78), “¡Tú no eres ese charco!” (p. 93), “Y terminó la batalla” (p. 106). Los verbos pasan todos a la segunda persona del singular. Es ahora cuando el poeta habla con Fernando. Su voz se hace cadenciosa e incluso serena:

¡Tú sabías que la muerte
no tiene cola de filudo laberinto,
sino que es un ruiñeñor de madera
que canta en la cima de la dulzura! (pp. 102-105)

La cuarta parte cierra el poema. Está gobernada por una única palabra. Siempre se nombra enfatizada entre signos de exclamación, “¡Silencio!”. Discurre abundantemente por los siete fragmentos poéticos, e incluso en dos de ellos, XII y XIV, es un único verso con esa palabra repetida: “¡Silencio! ¡Silencio!” (pp. 134 y 139).

Si hasta ahora una arquitectura fantástica y abrumadora junto con una naturaleza de rasgos oníricos eran el escenario que envolvía a un conjunto de personajes no menos fabulosos, también al poeta, y a Fernando, e incluso al lector en su lectura, el poema llega a su punto culminante y final con un imperioso mandato, conminatorio, desolador:

¡Silencio! ¡Silencio!

150 ¡Silencio!

¡Silencio para siempre!

152 ¡Silencio ante las ruinas humeantes de la alondra!

He ahí el asombro y el dolor expresados de un modo definitivo: no queda sino el silencio frente al cadáver de Fernando, ante su vida pasada, ante los versos que compuso, ante el mismo canto elegíaco que ahora concluye su amigo Manuel. Todo ello, el amigo muerto, y también el poema que ahora se cierra no son sino “las ruinas humeantes de la alondra” (p. 152).

Pero el asombro aún no ha concluido. Hay un punto en extremo esencial: La elegía de Manuel Scorza no tiene nada de elegía y, sin embargo, funciona como tal, es decir, cumple plenamente su cometido: El recuerdo y la alabanza hacia una persona muerta hacen plena mella en el lector y le conmueven.

En *Réquiem para un gentilhombre* apenas puede percibirse una ética de la aceptación, una mirada estoica que ya quedó anunciada en los versos de Johann Wolfgang von Goethe que preceden al poema. Cuáles son los elementos elegíacos que presenta *Réquiem para un gentilhombre*, aunque alterados o erosionados. Para empezar, la habitual *meditatio mortis* tan solo se insinúa en algunos de los primeros diez versos. El poema no pretende acercarse al sentido de la muerte, una indagación acerca de sus secretos. Acaso la parte tercera ofrezca una ligera idea de la muerte como forzosa compañera de la vida:

Y terminó la batalla
los margraves miran la luna
con famélicos ojos de coyote (pp. 106-108)

Tampoco hay una búsqueda del sentido metafísico de la muerte. Hay, eso sí, una efervescencia cósmica diseminada por todo el poema en que escenas y personajes se suceden, como en una invasión, para decir con sus gestos que nada es explicable, que nada es reconocible. Sí se percibe, esto sí, una angustia existencial, habitual en el canto elegíaco.

El lector se encuentra ante una muerte concreta, la de Fernando Quíspez Asín, y el intenso dolor personal del poeta que le canta no termina diluyéndose en una indagación acerca del sentido de esa muerte. ¿Acaso se trata de una serena aceptación de la ley universal, expresada en idéntica línea estoica, de que la vida es siempre breve y fugitiva? Lo expresaron los versos del poeta alemán en el lema que precede al poema:

pasas tú de largo frente al mundo,
que nada es.

En cualquier caso, el poema de Manuel Scorza está muy lejos de la meditación lírica, habitual en la elegía, muy lejos de la línea de la poesía meditativa, tal y como la nombró Miguel de Unamuno, y José Ángel Valente resuelve cuando dice que el poeta y pensador salmantino buscó en esa línea de poesía meditativa una salida o una expansión a fin de dar realidad a un credo poético encaminado a pensar los sentimientos y a sentir los pensamientos (Valente, 1994, p. 116).

Réquiem para un gentilhombre se opone abiertamente a la tradición elegíaca, la tradición, esa vasta presencia innumerable, en palabras del poeta Pedro Salinas (Salinas, 1974, p. 103). Sin embargo —y hay que decirlo una vez más—, el poema de Manuel Scorza logra su cometido: el lector no solo queda conmovido por la muerte de Fernando Quíspez Asín, sino que evoca su presencia a lo largo de todo el poema y —acaso lo más importante— para siempre será recordada su persona gracias a los versos de su amigo. El presente y el futuro no valen lo que valdrá su recuerdo.

El silencio que Manuel Scorza impone al final del canto elegíaco está señalando a *las ruinas humeantes de la alondra*, está señalando a Fernando Quíspez Asín. Como señala Pedro Salinas recordando la elegía del poeta del siglo xv Jorge Manrique *Coplas a la muerte de su padre*, Rodrigo Manrique: “El poema ha cumplido su cometido. Ya está hecho —ante nosotros para siempre, como lo está el hombre de cuerpo y alma— de memoria y de consuelo” (Salinas, 1974, p. 212).

Referencias bibliográficas

- Aldaz, A. M. (1990). *The past of the future. The novelistic cycle of Manuel Scorza*. Peter Lang.
- Neira, H. (1984). Manuel Scorza: Biografía ordenada de un mago. *Socialismo y Participación (Lima)*, 31.
- Quíspez Asín, F. (1963). *Paisajes para una emperatriz*. Industrial Gráfica.
- Salinas, P. (1974). *Jorge Manrique o tradición y originalidad*. Seix Barral.
- Scorza, M. (1962). *Réquiem para un gentilhombre. Elogio y despedida a Fernando Quíspez Asín*. Santiago Velarde.
- Scorza, M. (1976). *Poesía incompleta*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Scorza, M. (1990). *Obras completas de Manuel Scorza. Volumen 1. Obra poética*. Siglo XXI.
- Valente, J.A. (1994). *Las palabras de la tribu*. Barcelona: Tusquets.